

MARIE-MONIQUE ROBIN



**NUESTRO
VENENO
COTIDIANO**

*La responsabilidad de la industria química
en la epidemia de las enfermedades crónicas*

Península

Índice

PORTADA

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN: SABER ES PODER

PRIMERA PARTE. LOS PESTICIDAS SON VENENOS

1. EL LLAMAMIENTO DE RUFFEC Y LA LUCHA DE PAUL FRANÇOIS

2. ARMAS QUÍMICAS RECICLADAS EN LA AGRICULTURA

3. «ELIXIRES DE MUERTE»

4. ENFERMOS DE LOS PESTICIDAS

5. PESTICIDAS Y CÁNCERES: UNOS ESTUDIOS CONCORDANTES

6. PESTICIDAS Y ENFERMEDADES NEURODEGENERATIVAS: UNA
IRRESISTIBLE ASCENSIÓN

SEGUNDA PARTE. CIENCIA E INDUSTRIA: LA FÁBRICA
DE LA DUDA

7. LA CARA FUNESTA DEL PROGRESO

8. LA INDUSTRIA DICTA SU LEY

9. LOS MERCENARIOS DE LA CIENCIA

10. MENTIRAS INSTITUCIONALES

11. UNA EPIDEMIA DE ENFERMEDADES CRÓNICAS

TERCERA PARTE. UNA REGLAMENTACIÓN AL SERVICIO
DE LA INDUSTRIA

12. LA FORMIDABLE IMPOSTURA CIENTÍFICA DE LA «INGESTA DIARIA
ADMISIBLE» DE VENENOS

13. EL IRRESOLUBLE ROMPECABEZAS DE LOS «LÍMITES MÁXIMOS DE
RESIDUOS»

14. EL ASPARTAMO O CÓMO LA INDUSTRIA MANEJA LOS HILOS DE
LA REGLAMENTACIÓN

15. LOS PELIGROS DEL ASPARTAMO Y EL SILENCIO DE LAS AUTORIDADES
PÚBLICAS

CUARTA PARTE. EL INCREÍBLE ESCÁNDALO DE LOS
PERTURBADORES ENDOCRINOS

16. «MACHOS EN PELIGRO»: ¿LA ESPECIE HUMANA EN PELIGRO?

17. EL DISTILBENO O EL «MODELO PERFECTO»

18. EL CASO DEL BISFENOL A O LA CAJA DE PANDORA

19. EL EFECTO CÓCTEL

CONCLUSIÓN. CAMBIAR DE PARADIGMA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A mis tres hijas, Fanny, Coline, Solène

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todos aquellos y aquellas que me ayudaron a escribir este libro y, en particular, a Pierrete Ominetti de Arte, que me permitió hacer el documental *Nuestro veneno cotidiano*; a François Gèze de Éditions La Découverte e Isabelle Pailler de Arte Éditions, que me apoyaron cuando me acechaba el desaliento; a Henriette Souk, Maud Lanaud, Rima Matta, Pascale Iltis, cuyo entusiasmo siempre me acompañó. También doy las gracias a todos aquellos y aquellas que aceptaron recibirme o abrirme sus archivos, sin los cuales esta difícil investigación nunca habría podido ver la luz.

INTRODUCCIÓN

SABER ES PODER

«¿Este libro será la continuación de *El mundo según Monsanto?*». ¹ Desde 2008 no me han dejado de hacer esta pregunta cuando durante un debate o una conferencia anunciaba que estaba trabajando en un nuevo proyecto. Sí y no, este libro es y no es la «continuación de Monsanto», aunque, evidentemente, la materia de la que trata tiene que ver con la de mi anterior investigación. En efecto, hay libros y películas (para mí ambos están íntimamente unidos) que son como las perlas de un collar o las piezas de un puzzle: se suceden y encajan sin que yo me ocupe de ello. Nacen y se alimentan indirectamente de las preguntas suscitadas por el trabajo que les ha precedido. Y acaban por imponerse como los eslabones de una misma cadena. En todos los casos el proceso que hay en funcionamiento siempre es el mismo: el deseo de comprender para después transmitir a la mayor cantidad de personas los conocimientos acumulados.

TRES PREGUNTAS A PROPÓSITO DEL PAPEL DE LA INDUSTRIA QUÍMICA

Nuestro veneno cotidiano es, por consiguiente, el fruto de un largo proceso que comenzó en 2004. Entonces me preocupaban las amenazas que pesan sobre la diversidad: en dos documentales difundidos por Arte sobre el hecho de patentar seres vivos y la historia del trigo, ² yo había contado cómo las multinacionales obtenían patentes indebidas

de las plantas y del saber hacer de los países del sur. Al mismo tiempo estaba rodando un reportaje en Argentina que hacía el balance (desastroso) de los cultivos de soja transgénica, la famosa soja Roundup ready de Monsanto.³ Para hacer estos tres documentales había viajado por los cuatro rincones del mundo preguntándome sobre el modelo agroindustrial establecido tras la Segunda Guerra Mundial y cuyo objetivo declarado era «alimentar al mundo». Había constatado que conllevaba una extensión de los monocultivos en detrimento de la agricultura de subsistencia y familiar, lo que provocaba una reducción draconiana de la diversidad que a la larga constituye una amenaza para la seguridad y la soberanía alimentaria de los pueblos. También notaba que la famosa «revolución verde» va acompañada de un empobrecimiento de los recursos naturales (calidad de los suelos, agua) y de una contaminación generalizada del medio ambiente debido al uso generalizado de productos químicos (pesticidas o abonos de síntesis).

De forma completamente natural, esta trilogía me llevó a interesarme por la empresa estadounidense Monsanto, uno de los grandes promotores y beneficiarios de la «revolución verde»: en primer lugar, porque fue (y sigue siéndolo) uno de los principales fabricantes de pesticidas del siglo xx; a continuación, porque se ha convertido en el primer semillero del mundo y porque trata de apropiarse de la cadena alimentaria gracias a las semillas transgénicas patentadas (los famosos «OGM», organismos genéticamente modificados). Nunca diré lo bastante hasta qué punto me sorprendió descubrir las múltiples mentiras, manipulaciones y golpes bajos de los que era capaz la empresa de Saint Louis (Misuri) para mantener en el mercado unos productos químicos altamente tóxicos, fuera cual fuese el precio medioambiental, sanitario y humano.

Y a medida que iba avanzando en este «thriller de los tiempos modernos», por retomar la expresión de la socióloga Louise Vandelac que prologó la edición canadiense de

El mundo según Monsanto, tres preguntas no dejaban de atormentarme. ¿Constituye Monsanto una excepción en la historia industrial o, por el contrario, su comportamiento criminal (estoy midiendo las palabras) caracteriza a la mayoría de los fabricantes de productos químicos? Y después, como una pregunta lleva a otra, me preguntaba también: ¿cómo se evalúan y reglamentan las aproximadamente 100.000 moléculas químicas de síntesis que desde hace medio siglo invaden nuestro medio ambiente y nuestros platos? Finalmente, ¿existe relación entre la exposición a estas sustancias químicas y la progresión espectacular de los cánceres, las enfermedades neurodegenerativas, los problemas de fertilidad, la diabetes o la obesidad que se constata en los países «desarrollados», hasta el punto de que la Organización Mundial de la Salud (OMS) habla de «epidemia»?

Para responder a estas preguntas decidí dedicarme en esta nueva investigación solo a las sustancias químicas que entran en contacto con la cadena alimentaria, desde el campo del agricultor (pesticidas) al plato del consumidor (aditivos y plásticos alimentarios). Por lo tanto, este libro no abordará las ondas electromagnéticas ni los teléfonos móviles ni la contaminación nuclear, sino únicamente las moléculas de síntesis a las que estamos expuestos, en nuestro entorno o en nuestra alimentación (el «pan nuestro de cada día» que en gran parte se ha convertido en «el veneno nuestro de cada día»). Como sabía que el tema era extremadamente polémico (y no es sorprendente, dada la importancia de los retos económicos vinculados a él), decidí proceder metódicamente, partiendo de lo más «simple» y de lo menos discutible, a saber, las intoxicaciones agudas y después crónicas de los agricultores expuestos directamente a los pesticidas, para ir progresivamente hacia lo más complejo, los efectos a dosis pequeñas de los residuos de productos químicos que todos tenemos en el cuerpo.

JUNTAR LAS PIEZAS DEL PUZLE

Nuestro veneno cotidiano es el fruto de una larga investigación que movilizó tres tipos de recursos. En primer lugar, consulté un centenar de libros escritos por historiadores, sociólogos y científicos, mayoritariamente de América del Norte. Así, mi investigación debe mucho al precioso trabajo de investigación realizado por profesores universitarios de gran talento, como Paul Blanc, profesor de medicina laboral y medioambiental en la Universidad de California, o sus colegas historiadores Gerald Markowitz y David Rosner, o también David Michaels, un epidemiólogo que en 2009 fue nombrado director de la OSHA (Occupational Safety and Health Administration), la agencia estadounidense encargada de la seguridad en el trabajo. Sus obras, muy documentadas y, por desgracia, no traducidas al francés, me permitieron acceder a una masa de archivos inéditos y me ayudaron a volver a situar el objeto de mi investigación en un contexto mucho más amplio de la historia industrial.

Así fue como me remonté a los orígenes de la «revolución industrial» que precedió a la «revolución verde», dos caras de un mismo monstruo insaciable: el progreso, que se supone nos aporta la felicidad y el bienestar universales, y del que, sin embargo, todo indica que como un Saturno de los tiempos modernos amenaza con «devorar a sus propios hijos». En efecto, si no se efectúa esta indispensable vuelta en el tiempo es imposible comprender cómo se inventó el sistema de reglamentación de los productos químicos y funciona todavía hoy un sistema alimentado del recurrente desprecio de los industriales y de las autoridades públicas por los obreros de las fábricas que han pagado un enorme tributo a la locura química de las llamadas sociedades «desarrolladas».

Este libro se alimenta también de los múltiples documentos de archivos que pude recopilar entre abogados, organizaciones no gubernamentales, expertos o particulares

especialmente «testarudos» y que realizaron un trabajo considerable para documentar los perjuicios ocasionados por la industria química. Como, por ejemplo, la increíble Betty Martini, en Atlanta, a cuya perseverancia para reunir la carga de la prueba contra este edulcorante de síntesis extremadamente sospechoso que es el aspartamo rindo homenaje. Evidentemente, conservé celosamente una copia de todos los documentos que cito en estas páginas, exclusivos o desconocidos para la prensa y el gran público. Todas estas piezas me ayudaron de manera decisiva a reconstruir el puzle del que este libro pretende dar una imagen clara, si no definitiva.

Pero esta tarea hubiera estado incompleta si no se hubiera alimentado igualmente de la cincuentena de entrevistas personales que llevé a cabo en los diez países a los que me llevó mi investigación: Francia, Alemania, Suiza, Italia, Gran Bretaña, Dinamarca, Estados Unidos, Canadá, India y Chile. Entre los «grandes testigos» a los que pregunté figuran sobre todo diecisiete representantes de las agencias de evaluación de los productos químicos, como la Autoridad Europea de Seguridad Alimentaria (EFSA), la Food and Drug Administration (FDA) estadounidense o el Centro Internacional de Investigaciones sobre el Cáncer (CIRC), que depende de la Organización Mundial de la Salud, lo mismo que el Joint Meeting on Pesticides Residues (JMPR), el comité común de la OMS y de la FAO, encargado de evaluar la toxicidad de los pesticidas. También pregunté a treinta y un científicos, principalmente europeos y estadounidenses, a los que quisiera rendir homenaje porque siguen luchando por mantener su independencia y defender una concepción de la ciencia al servicio del bien común y no de los intereses privados. Todas estas largas entrevistas se grabaron, puesto que también forman parte del material de mi documental *Nuestro veneno cotidiano*, que acompaña a este libro.

«EL DIABLO ESTÁ EN LOS DETALLES»

Por último, *Nuestro veneno cotidiano* es el fruto de una convicción que me gustaría compartir: hay que volver a apropiarse del contenido de nuestro plato, retomar las riendas de lo que comemos, para que nos dejen de infligir pequeñas dosis de venenos que no presentan ninguna ventaja. Como me explicó Erik Millstone, un profesor universitario británico, en el sistema actual «los consumidores son quienes se arriesgan y las empresas quienes reciben los beneficios». Pero para poder criticar los (múltiples) fallos del «sistema» y exigir que se revise completamente hay que comprender cómo funciona.

Debo admitir que no fue fácil descifrar los mecanismos que dirigen el establecimiento de unas normas que rigen la exposición a lo que la jerga edulcorada de los expertos denomina los «riesgos químicos». Por ejemplo, fue un auténtico rompecabezas reconstruir la génesis de la famosa «ingesta diaria aceptable» o «admisible», llamada «IDA», unos venenos a los que todos nosotros estamos expuestos. Incluso tengo la sospecha de que la complejidad del sistema de evaluación y de reglamentación de los venenos químicos, que siempre funciona tras puertas cerradas y en el mayor de los secretos, también es una manera de garantizar su perennidad. En efecto, ¿quién va a meter las narices en la historia de la IDA o de los «límites máximos de residuos»? Y si, por casualidad, un periodista o un consumidor demasiado curioso osa hacer preguntas, la respuesta de las agencias de reglamentación generalmente es: «Esto funciona *grosso modo*. Y además, ¿sabe usted?, es muy complicado, confíe en nosotros, sabemos lo que hacemos...».

El problema es que no puede haber *grosso modo* cuando se trata de datos toxicológicos en los que lo que está en juego es la salud de los consumidores, incluida la de las generaciones futuras. Por ello, persuadida por el contrario de que «el diablo está en los detalles», decidí op-

tar por hacer lo opuesto. Espero, pues, que el lector me perdone lo que a veces pueda considerar un interés exagerado por la precisión o la explicación, la multiplicación de las notas y de las referencias. Pero mi objetivo es que cada persona pueda convertirse, si lo desea, en su propio experto. O, en todo caso, que cada persona disponga de argumentos rigurosos que le permitan actuar cuanto se lo permitan sus medios, incluso influir en las reglas del juego que gobiernan nuestra salud. Y es que saber es poder...

PRIMERA PARTE

LOS PESTICIDAS SON VENENOS